

Entre el estrépito y la confusión, exponiéndose á recibir un golpe de las innumerables vigas, tablas, adobes, cascotes y pedruscos que caían sin cesar, al grado de impedir oírse á los que hablaban, Pancho entró hasta la pieza en que Porfirio yacía. Estaba vivo, afortunadamente estaba vivo, ¡mas en qué estado! De bruces sobre un montón de escombros, con la cabeza y los bigotes grises y el vestido blanco como la nieve, la voz firme y entera, pero denotando que sentía un gran dolor, contestó al «¡Arriba, señor!» que le dirigió Pancho Olivos, con un «¿Qué pasó con Baz? ¿Dónde está Juan José?» que le dió á Pancho muchas esperanzas.

— Está bien, señor... Afuera está... No le pasó nada... Pero levántese usted, que estos malditos nos fusilan.

Y en efecto, les fusilaban los imperialistas casi á quemarropa, pues como ardían las ventanas y al fin acabaron por venir abajo, los enemigos metían los cañones de sus rifles por las rejas, que no tenían más defensa que la del fuego que salía de dentro. No tardó Carreón en salir por los balcones que no ardían y en alejar á los enemigos; pero no por eso la situación se mejoraba cosa.

— Estoy metido de medio cuerpo abajo... Llamen quien mueva esto.

Ya estaba lleno de gentes el cuarto, que, por cierto, seguía siendo visitado por los disparos de los imperialistas que estaban en la acera contraria; cada uno proponía un

plan, un remedio, un alivio ó un arbitrio infalibles; pero quien más hurgaba y se afligía más y daba y repetía y contradecía órdenes y sudaba y trataba de alejar á todo el mundo, era Luis Terán, que tenía cogido al general por un brazo y tiraba, tiraba con tal priesa y con tanto empeño y con vigor tan descomunal, que acabó por arrancar una queja á Porfirio.

— ¡Hombre, por Dios, no hales tan fuerte, que vas á llevarte uno de mis brazos en uno de tus tirones!

Pero el impresionable y nervioso Terán no hacía caso y seguía tira que tira, á riesgo de romper ó maltratar gravemente al jefe, pues era forzado y nervioso como pocos.

Olivos salió á toda prisa, y habiendo encontrado á un oficial de artillería, le pidió una palanca, un gato, un madero cualquiera con que se levantara la mole que había caído sobre el general. El de artillería dió una alzaprime que formaba parte de la dotación de una pieza de sitio, y Pancho la llevó hasta el lugar en que Porfirio estaba cogido.

Los imperialistas habían sido alejados de la manzana frontera; una guardia de veinte hombres tenía cuenta con el orden en el exterior de la casa, y una multitud de oficiales de todas clases y que, de seguro, á aquella hora no tenían servicio, estaba estacionada en el exterior.

— Coronel, dijo uno, dispénseme mucho. ¿Es verdad que Porfirio está muerto?

— ¿Es verdad, preguntó otro, que ni siquiera se puede sacar el cuerpo?

— Díganoslo de veras, porque si es así, le prometo que me la pagan estos mochos desgraciados.



— El general está vivo y espero que esté sano.

Rezongaron los curiosos algo que Pancho no pudo escuchar, y sin darse por satisfechos continuaron allí estacionados, creciendo el número á medida que el tiempo pasaba.

— Vaya, amigo, muchas gracias, exclamó Porfirio al ver á Pancho ar-

mado de su palitroque. Me saca usted de una situación muy apretada y me libra de que el excelente Luis Terán me ampute los brazos á tirones.

Y en efecto, en un santiamén se levantaron las vigas que oprimían las piernas del general, y éste quedó listo

para salir; pero tal impulso hizo el impacientísimo Terán, que tirando de Porfirio le sacó de entre los escombros, pero sin botas.

— Mi general, se atrevió á decir Francisco, allí afuera hay muchos oficiales que quieren verle á usted.

— ¿Desean hablarme de asuntos del servicio?

— No, mi general, sólo quieren verle.

— ¿Verme?

— Sí, creen que usted está muerto.

— ¡Qué locura! Dígales que salgo en seguida.

Y en efecto, salió; pero como la calle estaba llena á reventar y como los comentarios eran muchos y como la falsa nueva seguía circulando á gran prisa en todas las líneas, el general no tuvo más remedio que saltar violentamente en un caballo, y salir á recorrer los puestos republicanos en unión de su Estado Mayor, luego de mudarse la ropa y curarse las horribles quemaduras que había sufrido.

¡Qué entusiasmo, qué delirio, qué animación en todas las líneas! Se aclamaba al jefe, se le prodigaban los más dulces epítetos, se le llamaba con las voces más cariñosas y se daba gracias á Dios por su milagrosa liberación. No habían ojos que se hallaran secos, ni manos que no se agitaran, ni pechos que no estuvieran roncós por las aclamaciones y los vivas...

— Este Porfirio, advertía uno de su Estado Mayor, es

el hijo de la dicha: sufre un contratiempo y le sale en realidad un lance excelente. Que siga así muchos años.

* * *

Campardon había salido de Puebla al saber que se acercaban los chinacos, y se hallaba agregado al ejército en esa condición ambigua en que suelen encontrarse tantos paisanos que no son ni soldados cabales ni simples simpatizadores. Y como Violette había llegado de Acatlán, y Nicole había salido de la plaza, la familia quedó constituida en un momento.

Un día que Pancho se hallaba de servicio cerca del general, recibió la visita de su suegro, que estaba siempre deseoso de oler lo que se guisaba.

— Explícame á qué obedece lo de mandar lejos del campamento á los soldados enfermos y heridos. Eso ha de tener su más y su menos.

— Pregúnteselo usted al general.

— No se lo pregunto porque me contesta con una tontería... Pero, á ver, respóndeme: ¿no es muy significativo eso de que salgan para Tehuacán todos los impedidos? Para mí, se trata de levantar el sitio. Y más vale, porque al fin se había de hacer á la fuerza: Márquez acaba de salir de México y trae cinco ó seis mil hombres; y ya ves, no es cosa fácil resistir al que llega y hacerles frente á los que salgan.

Y el suegro tendría razón ó no tendría razón; mas lo que no cabía duda era que Olivos se sentía desalentado, enfermo, tristón y sin bríos. Aquella mañanita primaveral, aquel divino panorama que había contemplado tantas veces con amor inmenso, aquel ir y venir de tropas que habían sido su alegría, pasaban ante él como espectáculos extraños y que más que para alegrarle sirvieran para llenar su alma de desusada tristeza y de repentino temor: sobre sus ojos flotaba un velo negro que ensombrecía las galas de la campiña, el alegre espectáculo de la soldadesca y la gloriosa vida del campamento, que Pancho amaba más que la del hogar, más que la de las poblaciones y más que todas.

Bien entrada la noche de aquel día, Porfirio llamó á su alojamiento á todos los jefes que tenían en Puebla el mando de líneas ó de puestos simétricos con los que el enemigo defendía. La junta se efectuó en una casa que quedaba en el centro de los puntos disputados, pues se quería no alejar á los defensores de los lugares en que podía acontecer algo impensado. La pieza, que era vasta y desmantelada, no contaba con otra iluminación que la de una menguada vela de sebo que proporcionaba alimento y combustible á la llamita azulada, amarillenta y hedionda que se sostenía á expensas del pábilo lánguido y moribundo. La estancia la ocupaban Porfirio y su cuartelmaestre, don Ignacio Alatorre, y poco á poco fueron

llegando Cravioto, con aquel su rostro de sátiro, su mirar de lobo y su andar de chimpancé; Carreón, con sus ojos de colérico y su mandíbula de prógnata primitivo; Vázquez Aldana, con su continente impasible, su frente ancha, sus cejas que parecían dos pincelazos puestas con garbo y su mosquita grisácea y dispersa; Andrade Párraga, con su fisonomía escueta y sus ojos de miope incorregible; Pacheco, gallardo y fino, con aspecto de alemán ó de austriaco; Figueroa, galán y de buen porte, con la barba crecida y los ojos pletóricos de luz; Pinzón, más feo que una pesadilla, y Terán y Carbó y León y Cueto y Acuña y la flor y nata de la gente chinaca.

Cuando estuvieron reunidos, Díaz tomó la palabra y dijo en frase sencilla:

— Amigos, les llamé para exigirles un esfuerzo, un gran esfuerzo, mas también el último esfuerzo en nombre de la patria. Márquez está á una jornada de aquí y necesitamos batirle; pero no podemos dejar á Puebla en poder de los traidores, que aprovecharían el tiempo en fortificarse y quizás en introducir víveres y tropas, amén de que procurarían una salida. Hay, pues, que emprender un asalto, hay que procurar apoderarse de la plaza, y como el negocio no es llano, porque Puebla está bien artillada y defendida, sólo me atrevo á pensar en esto contando con la buena voluntad y con el valor de todos ustedes. No hay para qué decir que hay muchos riesgos que

correr y que habrá muchos que pierdan la vida: hablo con soldados y con soldados patriotas y la consideración está de más; pero por eso mismo estoy seguro de que contaré con todos y cada uno.

Nadie respondió ni nadie hizo observaciones: Porfirio había interpretado á maravilla lo que pensaban, y era inútil decir que estaban conformes y que obedecerían hasta la muerte.

El general formó diez y siete columnas; tres, fuertes de mil hombres y dispuestas para el ataque del Carmen, y catorce de ciento cincuenta cada una y destinadas á batir los diferentes puntos de la ciudad. Con el plano al frente y el compás en la mano, Alatorre y Porfirio fueron indicando á cada jefe su situación, la del punto que tenía que atacar, las posibles emergencias y la forma de obtener éxito cabal.

Luego explicó el caudillo la manera de emprender el ataque: la señal convenida era una luz que ardería en el cerro de San Juan. Se debían economizar las municiones siempre que fuera posible, pues andaban por las nubes; y nada menos se determinó que la gente de á caballo se deshiciera de los cartuchos con que contaba, en provecho de la de á pie, y si aquella era atacada, se acordaría de que contaba con sables y lanzas. Los sitiados habían cometido un grave error dejando descubiertos por detrás sus parapetos: había que intentar el ataque de modo que

la acometida sobre una trinchera alcanzara su correlativo en la opuesta: así los fuegos del punto atacado herirían también á los del contrario, y los enemigos llegarían á figurarse que habían sido flanqueados y que se les atacaba también por la retaguardia. Los fosos debían rellenarse con sacos de paja, pues no había habido tiempo de preparar fajinas.

Pancho se sintió destanteado al ver que no se le señalaba mando de columna; pero el general, llamándole aparte, le dijo con cariño:

— ¿Creía que me había olvidado de usted? Le señalo un cargo muy peligroso: que vaya con mi legión de honor, que, como sabe, está formada de oficiales que no tienen colocación en las filas, y que buscando los puntos mejor defendidos, trate de trepar á lo alto de las casas para introducir el desorden entre los defensores de los balcones, azoteas, ventanas y aspilleras... Escoja usted los oficiales que guste, adhiérase á los grupos que mire en peligro y trabaje como de costumbre.

— Si le parece á usted, señor, tomaré en primer término á mi pariente el capitán Récal.

— ¡Ah, sí, el zuavo! Está bien; á ese y á los demás que usted quiera.

Reclutó Pancho á los que habían de ser sus compañeros y se concertó con ellos para unirse á la columna de «Juan Chiquito», que le parecía la más seriamente ame-